

Perspectivas geográficas en la sociología urbana: la difusión espacial de las preferencias electorales y la importancia del contexto local

Carlos J. Vilalta y Perdomo*

El objetivo de este artículo es reunir y revisar diferentes perspectivas teóricas que se abocan a la comprensión sociológica del cambio político desde una dimensión espacial. Se hace énfasis en el comportamiento electoral urbano.

Palabras clave: sociología urbana, geografía social, difusión espacial, comportamiento electoral.

Fecha de recepción: 7 de febrero de 2003.

Fecha de aceptación: 21 de agosto de 2003.

Introducción

La ecología humana y la economía política han sido las dos principales vertientes teóricas dentro de la sociología urbana (Kleniewski, 2002). Perspectivas recientes tales como la nueva sociología urbana, el neomarxismo, o la escuela crítica, en realidad se adscriben a la vertiente de la economía política; son extensiones conceptuales de teóricos clásicos como Marx, Engels y Weber.

Los enfoques conceptuales, las preferencias metodológicas, y las limitaciones de cada una de estas vertientes teóricas ya han sido discutidas extensivamente en la literatura especializada. De manera cronológica, la ecología humana ha sido rebatida desde poco después de su nacimiento en la década de los veinte con el trabajo de Alihan (1938) y ya de manera sistemática y decisiva desde la década de los cincuenta con base en el artículo clásico de Form (1954). Por otro lado, la perspectiva de la economía política no ha logrado hallar respuestas consistentes al número y complejidad creciente de preguntas de los investigadores y también ha recibido críticas sustanciales (Pahl, 1989; Walton, 1993).

Este trabajo contiene una descripción de dos perspectivas teóricas dentro de la sociología del espacio (Lobao y Sáenz, 2002) que se

* División de Humanidades y Ciencias Sociales, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Ciudad de México. Correo electrónico: carlos.vilalta@itesm.mx

empiezan a encontrar de manera creciente debido a sus logros en el análisis del comportamiento político electoral y que son: 1) el efecto contextual y, 2) la difusión espacial de las ideas. El objetivo principal en este artículo es el de llamar la atención de los sociólogos urbanos a contemplar la capacidad explicativa de otras perspectivas que se utilizan principalmente en el campo de la geografía social.

Para lograr lo anterior, este trabajo se centra en la literatura sobre comportamiento electoral. Precisamente un objetivo común en los estudios electorales es el de conocer cómo se distribuye el voto espacialmente. Y a este respecto, investigadores nacionales y extranjeros han encontrado notables diferencias espaciales en las preferencias electorales en México (Ames, 1970; Buendía, 2000; Butler, Pick y Jones, 1991; Klesner, 1987, 1993, 1998; Molinar y Weldon, 1990; Pacheco, 1997; Reyna, 1971; Ramos, 1985; Story, 1986; Walton y Sween, 1971). El espacio, conceptualizado como "región" y considerado como una variable independiente, ha demostrado una fuerte consistencia histórica en los estudios electorales al nivel que podría considerarse con peso teórico. Igual sucede con la dicotomía urbano-rural. Por décadas se ha detectado una marcada diferencia en las preferencias electorales entre los votantes urbanos y los rurales.

El electorado urbano es todo lo contrario a un electorado homogéneo; hay una importante variación en los resultados electorales entre las ciudades mexicanas. Algunos partidos ganan en ciertas ciudades mientras que a la vez son prácticamente inexistentes en otras. Por ejemplo, en las elecciones federales para diputados de 1997 el Partido Acción Nacional (PAN) recibió 60% del voto en Tepatlán, Jalisco, pero sólo 2% en Cárdenas, Tabasco. Por otro lado, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) recibió 62% del voto en Cárdenas, pero sólo 4% en Puerto Vallarta, Jalisco. En contraste, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) tuvo su mayor nivel de apoyo en Saltillo, Coahuila, con 58% y su nivel más bajo en Cajeme, Sonora, con 23%; el PRI, el único partido con presencia nacional, muestra un nivel de apoyo más uniforme a través del sistema de ciudades en comparación con el PAN y el PRD.

La importancia del electorado urbano en el auge de los partidos no priístas en México ocupa sin duda un lugar central (véase los cuadros 1 y 2). Es por lo anterior que un objetivo común entre los estudiosos de la política y sociología urbana es buscar un mejor entendimiento del comportamiento electoral urbano, desde una perspectiva espacial y con el uso de técnicas cuantitativas de investigación avan-

zadas.¹ Sin embargo, pese a la importancia teórica y a los recientes avances en la metodología cuantitativa en el campo del análisis espacial y en la geografía electoral, no son muchos los análisis que utilizan técnicas estadísticas avanzadas y unidades de análisis más homogéneas que la entidad federativa o el municipio.²

En términos de unidades geográficas, los análisis de elecciones federales por estados son los más antiguos y los más recurrentes en la literatura sobre geografía electoral (Ames, 1970; Reyna, 1971; Ramos, 1985; Klesner, 1987, 1993, 1998; Story, 1986; Butler, Pick y Jones, 1991), seguidos por análisis sobre estados particulares (Alvarado, 1992; Aziz, 1992; Guillén, 1992; Graizbord, 1993; Nuncio y Garza, 1992; Rionda, 2000), casos de estudio sobre elecciones en la Ciudad de México (Álvarez, 1998; Davis y Coleman, 1982; Gómez, 2000; Molinar y Valdés, 1987; Peschard, 1997; Tarrés, 1994), y elecciones federales por distritos electorales (Molinar y Weldon, 1990; Klesner, 1993),

CUADRO 1

Ciudades grandes en donde cada partido obtuvo la mayoría del voto en las elecciones para diputados federales*

	1994	1997	2000	1994 %	1997 %	2000 %
PAN**	5	28	59	5.6	31.5	66.3
PRI	81	41	19	91.0	46.1	21.3
PRD***	3	20	11	3.4	22.5	12.4
Otro	0	0	0	0.0	0.0	0.0
Total	89	89	89	100.0	100.0	100.0

* Ciudades mayores de 100 000 habitantes en 1995.

** Para las elecciones de 2000, el PAN compitió en coalición con el Partido Verde Ecologista de México.

*** Para las elecciones de 2000 el PRD formó una coalición con el Partido del Trabajo, Convergencia, Partido de la Sociedad Nacionalista y Partido Acción Social. Los últimos tres partidos son de creación inmediata a las elecciones del año 2000.

Fuente: Elaboración propia con datos del IFE. Se utilizaron las definiciones de *ciudad* y *área metropolitana* del Conapo.

¹ Considerando como avanzadas técnicas de estadística inferencial aplicadas a la geografía, tales como análisis de autocorrelación espacial y de regresión lineal espacial (véase Anselin, 1988).

² Es necesario realizar más análisis en espacios específicos, por ejemplo urbanos y rurales, y también entre niveles de gobierno (elecciones locales y federales). El análisis a nivel estatal no puede explicar mucha de la variación espacial en el comportamiento electoral ya que son unidades con mucha variación socioeconómica y política en su interior, la cual se pierde en el análisis agregado de unidades político administrativas.

CUADRO 2

Apoyo electoral para cada partido en las ciudades grandes en las elecciones para diputados federales*

	1994	1997	2000	1994 %	1997 %	2000 %
PAN**	6 633 212	5 146 878	10 440 729	30.8	30.2	45.0
PRI	9 817 280	5 685 428	7 509 009	45.6	33.4	32.3
PRD***	3 316 998	4 559 056	4 150 339	15.4	26.8	17.9
Otro	1 743 170	1 640 934	1 116 629	8.1	9.6	4.8
Total	21 510 660	17 032 296	23 216 706	100.0	100.0	100.0

* Ciudades mayores de 100 000 habitantes en 1995.

** Para las elecciones de 2000, el PAN compitió en coalición con el Partido Verde Ecologista de México.

*** Para las elecciones de 2000 el PRD formó una coalición con el Partido del Trabajo, Convergencia, Partido de la Sociedad Nacionalista y Partido Acción Social. Los últimos tres partidos son de creación inmediata a las elecciones del año 2000.

Fuente: Elaboración propia con datos del IFE. Se utilizaron las definiciones de *ciudad* y *área metropolitana* del Conapo.

el electorado nacional analizado como una sola unidad (Buendía, 2000; Domínguez y McCann, 1995), conjuntos de municipios (Klesner, 1998; Walton y Sween, 1971) y por municipios urbanos (Pacheco, 1997).³

Sólo unos cuantos estudios se concentran en estudiar los resultados de elecciones municipales (Mirón, 1998; Reynoso; 1992; Rivera, 1993; Rodríguez, 1998; Molinar y Valdés, 1987; Tejera, 2000; Valdés, 2000)⁴ y federales conjuntamente (Alvarado, 1992; Bizberg, 1992; Gómez, 2000). Al mismo tiempo, en los estudios existentes se mencionan pero no se desarrollan sistemáticamente demostraciones empíricas sobre 1) las limitaciones explicativas que contiene la región como una unidad potencialmente heterogénea y, 2) la dicotomía urbano-rural, las cuales se aceptan como constantes en los modelos analíticos.⁵ No se encontró ningún estudio que probara cuantitativamente teorías geográficas sobre dependencia espacial (Hagerstrand, 1966) o difusión espacial (Cliff *et al.*, 1981).

³ Esta lista comprende a los autores que son citados con mayor frecuencia. La lista puede parecer larga pero a nivel comparativo con la producción científica en otras naciones, la materia de geografía electoral es muy reciente y aún incipiente.

⁴ En el caso de Tejera (2000), el autor realiza un análisis sobre una delegación (Iztapalapa) en las elecciones de 1997 para gobernador del Distrito Federal.

⁵ Salvo Bizberg para el segundo caso (1992).

Lo anterior se debe a que la geografía electoral como materia de estudio en el país es muy reciente y requiere mayor atención. Como dicen Rodríguez y Ward (1995), la razón principal de la escasez de estudios electorales en México se debe al sistema hegemónico unipartidista que por mucho tiempo hizo irrelevante el análisis de las elecciones. En el mismo sentido, Rodríguez (1998) nos recuerda que el principal opositor del PRI en los periodos electorales era el abstencionismo. Esto obviamente ha tenido un efecto en el volumen y la sofisticación teórica de los estudios al respecto.

Debido a lo anterior, este artículo invita mediante una revisión de literatura a incorporar nuevas perspectivas y a probar teorías geográficas en el análisis del comportamiento político urbano. Esto se realiza a través de la exposición de dos perspectivas teóricas que el análisis espacial del comportamiento electoral conlleva y que son las siguientes: 1) las formas que toma la difusión espacial de las ideas políticas y, 2) el debate sobre los efectos composicionales *versus* contextuales en el comportamiento político de los individuos.

Esta exposición se hace en diferentes pasos. Siguiendo un enfoque cronológico, primero se realiza un repaso conceptual de la difusión espacial y de sus aplicaciones en el estudio de las preferencias electorales. Esta es una perspectiva teórica fundamental en el análisis del cambio social ya que se argumenta que las ideas políticas se difunden de un lugar a otro, en ocasiones como función de la distancia. Posteriormente explicamos el debate teórico existente dentro de los estudios espaciales sobre comportamiento electoral. El debate estriba en que no hay certeza si el votante es influenciado por su contexto espacial y no solamente socioeconómico. Tercero y final, discutimos y concluimos sobre las implicaciones que estas perspectivas teóricas tienen en futuros análisis del comportamiento electoral urbano. Como ya se dijo, en este artículo nos centramos en el comportamiento electoral; sin embargo estos llamamientos teóricos invitan a la interpretación de todo tipo de variaciones espaciales en el comportamiento humano (Urry, 1997).

La difusión espacial de las ideas

Desde un punto de vista sociológico, la difusión espacial se refiere a la propagación de ideas de un lugar a otro. Puede presentarse en cuatro formas diferentes (Cliff *et al.*, 1981; Haggett, 1983; Hornsby, 2003): expansión, relocalización, difusión contagiosa y difusión jerárquica. La

expansión sucede cuando ésta comienza en un lugar (fuente) y se esparce a nuevos lugares pero sin dejar de existir en su lugar de origen (ejemplo: las innovaciones tecnológicas). La *relocalización* sucede cuando el fenómeno en cuestión también se esparce desde una fuente a nuevos lugares, pero deja la fuente detrás (ejemplo: los migrantes). La *difusión contagiosa* es aquella en que la propagación requiere del contacto directo entre individuos (ejemplo: enfermedades virales) y por lo tanto es dependiente de la distancia física. Finalmente, la *difusión jerárquica* se presenta cuando la propagación va de lugares más grandes a lugares más pequeños (ejemplo: el uso de innovaciones tecnológicas que van de ciudades a pueblos).

Para Hagerstrand (1953), la difusión de nuevas ideas y los comportamientos tiende a ser del tipo contagioso. Es decir, la difusión es un efecto espacial que se produce como función de la contigüidad o la proximidad física. Esta noción teórica ofrece una base conceptual a la perspectiva del efecto contextual en las preferencias electorales. En este sentido también Tobler (1970) ofreció la primera ley de la geografía, la cual estipula que lo que sucede en un lugar no es independiente de lo que sucede en otros lugares. En este sentido, los teóricos de la difusión espacial de las ideas y de los patrones de comportamiento humano sostienen que el comportamiento colectivo es capaz de difundirse de un lugar a otro, inclusive independientemente de las características socioeconómicas de los lugares (Agnew, 1987).

Algunos ejemplos de lo anterior son la democracia (O'Loughlin *et al.*, 1998), el comportamiento electoral (Flint, 1995; Lutz, 1990), los patrones de fertilidad (Tolnay, 1995), la religión (Land, Deane y Blau, 1991) y las protestas sociales y la violencia (Myers, 1997). Al respecto, Klingman (1980) sostiene que "en un mundo cada vez más interdependiente, los cambios sociales que ocurren en una sociedad no están ni son aislados y autónomos, sino que son consecuencia de acontecimientos domésticos en otras sociedades" (p. 123).

La implicación teórica de utilizar una perspectiva de difusión espacial es que nos ayuda a entender que el comportamiento político en un lugar está conectado con comportamientos políticos en lugares vecinos; hay una dependencia espacial de los fenómenos sociales. Inclusive se puede llegar a medir cuantitativamente el efecto de la vecindad o adyacencia en el impacto de la difusión de las ideas.

Es importante recalcar que la contigüidad y la proximidad física son factores *sine qua non* para que la difusión contagiosa suceda. En términos de preferencias electorales, la difusión contagiosa funciona bajo el

supuesto de que el electorado en lugares vecinos se informa mutuamente. Tobler (1970) menciona en la primera ley de la difusión geográfica que “todo se relaciona con todo, pero las cosas en lugares cercanos están más relacionadas que con las cosas en lugares distantes” (p. 236). Es por lo mismo que el voto es una variable política que se concentra espacialmente. Como dicen O’Loughlin y Anselin (1992), el comportamiento electoral tiene una dimensión espacial, y por ello el partido político vencedor en una elección puede estar regionalmente determinado.

Es importante considerar que la difusión espacial no es uniforme ni instantánea (Lowe y Moryadas, 1975). También, un proceso de difusión de preferencias electorales (un partido político en auge) tal vez no sea espacialmente aleatorio, sino que muestre un patrón geográfico de resultados electorales que sea más fuerte alrededor de la zona de donde provienen originalmente esas preferencias. Por ejemplo, Lutz (1990) realizó un estudio de los partidos nacionalistas en Gales y Escocia durante los ochenta y noventa, y encontró que su apoyo se difundió de una manera espacialmente contagiosa; recibían más apoyo de nuevos votantes en las áreas próximas a su lugar de origen y en donde habían sido apoyados anteriormente. Este mismo autor encontró el mismo patrón de difusión contagiosa en el auge electoral de un nuevo partido político (el partido radical) en Italia entre 1976 y 1987 (Lutz, 1995). Estos hallazgos en Gales, Escocia e Italia coinciden con las conclusiones de Stephens (1981) para el caso del electorado sueco. Este autor concluyó que la difusión de las ideas políticas y de la realineación del electorado para el caso sueco era dependiente del factor distancia.

Se considera que la detección de un proceso de difusión contagiosa confirma la importancia del contexto local en la definición de las preferencias políticas (Flint, 1995). Por ejemplo, si el cambio político en un lugar está asociado al cambio político en lugares vecinos, se acepta como hipótesis la existencia de un efecto de difusión contagiosa (Flint, 1995). A este respecto, este autor citado previamente realizó un análisis del auge del partido nazi en Alemania, y encontró que incluso después de controlar estadísticamente el efecto de la covariación de diversas variables socioeconómicas en las regiones alemanas, existía un proceso de difusión espacial contagiosa; además de que el modelo capturaba un efecto de dependencia y heterogeneidad espaciales.⁶

⁶ Definidos como una concentración de valores en un mapa y como una variación en las relaciones entre variables en el espacio respectivamente.

Debate teórico: sobre la causa principal de la variación espacial del comportamiento electoral

En relación con lo anterior, existe un debate teórico sobre cuál es la causa principal de la variación espacial del comportamiento electoral; es decir, sobre por qué encontramos diferencias en los resultados del voto entre un lugar y otro. Estas perspectivas divergentes sobre las causas de la variación espacial son: 1) el efecto contextual y, 2) el efecto composicional. Dichas perspectivas, basadas a su vez en marcos teóricos diferentes tienen implicaciones diferentes.

El efecto del contexto local

La primera y más tradicional perspectiva explicativa que hay sobre la variación espacial del voto es la que está orientada al “espacio” y el “lugar”. El argumento principal de esta perspectiva es que la población residente de un lugar (la colonia, el barrio, el pueblo, la ciudad, la región, etc.) tiene intereses sociales específicos los cuales pueden ser muy diferentes de las tendencias nacionales (Agnew, 1987; Shin y Agnew, 2002). Estos intereses locales pueden a su vez influir en los patrones de comportamiento electoral independientemente de las características socio-económicas de la población en ese lugar. Es decir, se acepta la existencia de una dimensión causal que tiene el “lugar” en el comportamiento político (Agnew, 1987): gente similar puede votar de manera diferente dependiendo del lugar en el que viven. Este hecho explica la heterogeneidad (*versus* homogeneidad) espacial en el comportamiento electoral que tanto dificulta el análisis estadístico de la información agregada geográficamente (Fotheringham, 1998).

En cuanto a definiciones, el lugar o contexto local es entendido como la interacción entre el individuo y su medio “con la naturaleza del medio ambiente siendo construido a través del tiempo por los mismos actores” (Flint, 1998: 1292). O’Loughlin (2002) define el contexto “como el medio en el cual el comportamiento electoral es moldeado y expresado” (p. 4). De manera similar, Lutz (1995) argumenta de manera muy lógica que los efectos contextuales están presentes cuando “el comportamiento de los individuos varía de manera sistemática a través de contextos espacialmente definidos” (p. 44).

Esta perspectiva del efecto contextual se fundamenta esencialmente en la teoría de la estructuración de Giddens. Esta teoría sugie-

re que tanto la *agencia* como la *estructura* humanas se afectan mutuamente. Por un lado, la *agencia* es influenciada por “tradiciones, instituciones, códigos morales y maneras establecidas de hacer las cosas” (Giddens y Pierson, 1998: 77). Por el otro, los individuos transforman las estructuras al ignorarlas, sustituirlas o reproduciéndolas de manera diferente a través del tiempo y del espacio. En suma, Giddens (1990) cree que los individuos se hallan envueltos de manera constante en procesos de cambio de comportamiento; esto debido a que las relaciones sociales cambian constantemente a través de la historia. Estas transformaciones sociales incluyen por supuesto cambios en las preferencias electorales.

También Durkheim (citado por Parkes y Thrift, 1980) comentó hace mucho tiempo que no era posible separar cambio social del espacio y del tiempo donde se desarrolla; sociedad, espacio y tiempo se complementan. Igualmente, Soja (1980) ha afirmado que no es posible separar historia y geografía, es decir tiempo y espacio. Desde una visión estructuralista, su definición de espacio es “un producto social que es creado, formado, y transformado por las mismas fuerzas estructurales, las relaciones sociales antagónicas, y las crisis periódicas y luchas que afectan el proceso de producción y la vida social” (p. 208). En opinión de Soja, el espacio no es solamente un frasco o envase para que la historia suceda, sino que es un producto social. Más recientemente, Soja ha definido a la gente como “seres espaciales” (Soja, 1996: 70). Finalmente, también Lefebvre (1991) veía al espacio como un producto social que refleja valores y estructuras sociales.

La perspectiva del contexto local apoyada en estas premisas teóricas ha motivado una variedad de estudios dirigidos a comprender precisamente “el efecto que tienen las características de las unidades geográficas donde los individuos residen en su comportamiento” (Books y Prisby, 1991: 38). Se ha aceptado de manera muy generalizada que estos efectos contextuales efectivamente tienen una relación significativa con el comportamiento político (Agnew, 1987; Burbank, 1995; Cox, 1969; Flint, 1995; Johnston, Shelley y Taylor, 1990; Johnston, 1991; O’Loughlin y Anselin, 1991).

Algunos ejemplos de efectos contextuales sobre el comportamiento electoral son la percepción pública que tiene la gente sobre la economía nacional (Pattie, Dorling y Johnston, 1997) y el desempeño de los partidos en campañas electorales locales (Forrest, Johnston, y Pattie, 1999). Otro efecto contextual es la variación espacial de la prosperidad económica la cual incide en comportamientos políticos

diferentes (Pattie, Fieldhouse, y Johnston, 1995). En este sentido, Cox (1987) menciona que diferentes condiciones económicas locales pueden crear también asuntos políticos locales diferentes, los cuales a su vez pueden modificar el medio ambiente político y las alianzas políticas de esas localidades.

Estos efectos contextuales se han definido de manera más general e incluyen “redes sociales, fuentes de información y de referencia de grupos asentados en ciertos lugares” (Sauerzopf y Swanstrom, 1999: 87). Un ejemplo claro de este tipo de efectos es presentado por Flint (1995) en un análisis espacial que se realizó sobre el electorado nazi en Alemania. En este estudio el autor encontró que durante las elecciones de 1928 y 1936, diferentes clases sociales apoyaban en mayor o menor medida al partido nazi dependiendo en cada elección del contexto espacial, temporal y de las estrategias de campaña de dicho partido.

Un efecto contextual a un nivel diferente es el efecto de la comunidad o red social. En este caso se argumenta que las familias y los amigos tienen un efecto en las preferencias del votante. Pattie y Johnston (2000) encontraron que los votantes apoyan cierto partido político debido a que un número significativo de sus parientes y de sus vecinos hacen lo mismo. En este caso, el votante toma una decisión basada en el comportamiento del grupo que lo rodea. Esto es lo que definieron Huckfeldt y Sprague (1992) como *behavioral contagion*.

En términos del efecto que tienen las redes sociales sobre el votante, Burbank (1995) argumenta que el contenido y el nivel de la discusión política de los votantes es muy importante en los análisis del contexto preferencial del electorado, ya que los individuos obtienen información, forman un juicio y finalmente son influenciados por las preferencias políticas de las personas que tienen a su alrededor. Los votantes están expuestos constantemente a los estímulos políticos que reciben de su alrededor y toman decisiones con base en ellas (Burbank, 1995). Por ejemplo, en otro estudio también realizado en Alemania, Nagle (1970) encontró que la mayoría de los individuos en aldeas apoyaban al partido que la mayoría favorecía, sin importar las diferencias socioeconómicas entre los habitantes de estas comunidades. Sin embargo Books (1977) nos comenta que este efecto contextual comunitario en Alemania desaparece en ciudades grandes.

A este respecto se argumenta que el espacio urbano ejerce un efecto contextual sobre los votantes. Sauerzopf y Swanstrom (1999) han analizado el comportamiento electoral en una muestra de metró-

polis norteamericanas y encontraron que el comportamiento electoral tiene una fuerte relación con el espacio intraurbano donde el votante reside; encontraron diferencias entre suburbios y ciudades centrales. En coincidencia con esta perspectiva del contexto local, estos autores afirman que es fundamental el estudiar al área metropolitana como un lugar que tiene “efectos de transformación política ya que lugares diversos crean actitudes políticas diversas también” (p. 88).

En resumen, según Burnett y Taylor (1981) la mayoría de los científicos sociales han encontrado que el contexto local es una dimensión fundamental en el análisis del comportamiento político. Pattie y Johnston (2000) coinciden. Lutz (1995) igualmente considera que los efectos espacio contextuales son esenciales, ya que el espacio conecta al votante con su medio, y su análisis permite una mejor comprensión de las variaciones en el comportamiento electoral.

El efecto composicional

Esta perspectiva es más reciente y de manera directa debate a la anterior en que la variación espacial en el comportamiento electoral es efecto del conjunto agregado de características socioeconómicas que varían con la localización del votante (McAllister, 1987; McAllister y Studlar, 1992). Es decir, que las variaciones regionales en el comportamiento electoral son consecuencia de las diferencias socioeconómicas entre las regiones. Por lo mismo, desde esta perspectiva se concluye que el “contexto social de la comunidad” no influye en las preferencias electorales (McAllister, 1987). Este debate deriva originalmente de un estudio del electorado británico, en donde McAllister y Studlar (1992) argumentan que el voto regional “es una división más funcional que territorial” (p. 175).

En la misma línea de ideas, Savage (1987; citado por Lutz, 1995) también sugiere que las diferentes culturas políticas locales en la Inglaterra contemporánea no tienen ningún efecto en el comportamiento electoral. El contexto socioespacial no es fundamental. La conclusión de esta perspectiva composicional es que gente similar vota de manera también similar, independientemente de su localización geográfica o de su contexto.

Esta perspectiva tiene implicaciones teóricas de importancia. Empezando con que la propuesta de esta perspectiva es una teoría de la nacionalización, la cual a su vez está basada en premisas de la teoría

de la modernización. La conexión principal entre ambas teorías es que el “lugar” o “contexto local” es una variable explicativa útil en sociedades tradicionales, pero no en sociedades modernas. Por ejemplo, eventos como la volatilidad del voto y la dealineación partidista muestran la relación entre modernización y nacionalización del comportamiento en sociedades industriales.

Al respecto, dos efectos importantes de los procesos de modernización sobre el espacio social son el desarrollo de las comunicaciones y la urbanización. La primera hipotéticamente reduce la separación entre los individuos y nacionaliza (estandariza) el comportamiento sociopolítico. También hipotéticamente minimiza la relación afectiva del individuo con el lugar; vive en un lugar y piensa en otro(s).

Meyrowitz y Maguire (1993) comentan que los medios de comunicación electrónicos han separado el “lugar social” del “lugar físico”. Por ejemplo, estos autores comentan que los medios de comunicación masivos en Estados Unidos han ocasionado una reducción en la diversidad de las experiencias personales, comportamientos, actitudes, perspectivas y expectativas de la sociedad estadounidense. En el pasado, las experiencias de las personas en lugares diferentes eran también diferentes, mientras que hoy en día la gente tiende a comportarse de manera más similar en todo el país (Meyrowitz, 1985; Meyrowitz y Maguire, 1993). La importancia del “lugar” tiende a decrecer cuanto más se moderniza la sociedad.

Es importante comprender que la teoría de la nacionalización es *a-espacial*. Su aceptación implica que el electorado puede analizarse como una unidad nacional, y no puramente regional (Stokes, 1967). Los votantes son vistos como un grupo relativamente homogéneo que se comporta de manera similar bajo circunstancias socioeconómicas similares. Aún así, se acepta la urbanización como un factor explicativo de las diferencias urbano rurales en las preferencias electorales.

Discusión y conclusiones

La implicación principal de 1) la difusión espacial de las ideas, 2) los efectos contextuales *versus* composicionales, 3) en general de las teorías de la nacionalización y la modernización *versus* la teoría de la estructuración, es que el contexto local, por ejemplo el urbano, se convierte en una dimensión a prueba. La teoría de la nacionalización pretende desconectar el espacio local del comportamiento social,

mientras que la teoría de la estructuración aplicada a la geografía social los conecta; conecta el contexto local con el individuo. Esta es la razón por la cual estudios basados en esta perspectiva espacial “rechazan la idea de que existen leyes universales o de nacionalización del comportamiento humano” (Flint, 1995: 6) y tratan de probar lo contrario con evidencia empírica. La implicación metodológica de este debate teórico es que los análisis espaciales del comportamiento electoral hacen uso extensivo de información y técnicas estadísticas sofisticadas.

A manera de repaso, la perspectiva del efecto contextual argumenta que el contexto local sí es determinante para la formación de las preferencias electorales (Agnew, 1987; Burbank, 1995; Cox, 1969, 1987; Flint, 1995; Johnston, Shelley y Taylor, 1990; Johnston, 1991; O’Loughlin y Anselin, 1991). En específico, argumentan que el comportamiento electoral varía de un lugar a otro independientemente de las características o “composición” socioeconómica de los lugares en donde residen esos votantes. Esta propuesta tiene dos implicaciones. La primera es que los fenómenos sociales que ocurren en el contexto local del votante, tales como las condiciones económicas locales o el ambiente político local sí tienen un efecto determinante en el votante (Cox, 1987). La segunda, que el electorado no debe ser estudiado como un grupo homogéneo a nivel nacional (Flint, 1995). Su análisis requiere de un enfoque espacial.

Otros académicos proponen lo contrario, esto es, que el contexto local del votante no tiene ningún efecto en la formación de sus preferencias electorales (McAllister, 1987; McAllister y Studlar, 1992). Esta tesis propone que esa variación espacial del comportamiento electoral se debe a un efecto del agregado de las características socioeconómicas de los lugares que tienden a variar espacialmente; como *clusters* de clase social. A esta perspectiva se le denomina “efecto composicional”; sostiene que el electorado puede ser analizado como un grupo nacional cuyo comportamiento no depende de su medio ambiente local (o contextos específicos).

Al respecto, hemos visto que desde hace más de setenta años, pero en especial desde los años ochenta, los académicos interesados en la comprensión de los patrones espaciales del comportamiento político han tendido a concentrarse en 1) el análisis contextual y, 2) en la operación de los procesos de difusión. Lo anterior ha originado debates teóricos que ofrecen explicaciones diferentes a estos patrones espaciales. Esto es la sociología del espacio, la cual considera las

dimensiones tiempo y espacio en el estudio del comportamiento humano al nivel del grupo.

En cuanto a la efectividad de las teorías, los hallazgos en la literatura dan soporte al argumento sobre el efecto contextual en el comportamiento electoral ya que ofrecen evidencia de que la variación espacial del comportamiento político y la difusión de las ideas y (o) las preferencias políticas es independiente de la concentración espacial de características socioeconómicas. Por ende, también contradicen la tesis de la nacionalización que sostiene que los votantes en lugares similares se comportan de manera similar.

También, la observación de un fenómeno de reemplazo geográfico de partidos políticos nos sugiere que la información sobre propuestas electorales es consecuencia de un proceso de difusión espacial (Flint, 1995). Varios estudios han encontrado que los partidos políticos se difunden de manera contagiosa; en otras palabras, su auge depende de la distancia a su lugar de origen (Flint, 1995; Lutz, 1995). El considerable auge experimentado por el PAN y el PRD en áreas urbanas entre 1994 y 2000 sugiere un proceso de difusión espacial de información política; queda por probar si éste siguió una forma contagiosa u otra diferente.

A este respecto, en términos de acceso a información política, Schedler (2000) nos comenta que las reformas electorales de 1996 “hicieron mucho para nivelar el campo de juego electoral, igualando el acceso de los partidos a recursos financieros al combinar generosos fondos públicos con límites estrictos de financiamiento privado, topes de gastos en campañas, una rigurosa contabilidad y una vigilancia muy cercana del IFE sobre las finanzas de los partidos” (p. 11).

Sin embargo, aunque 1) parece ser que varios partidos políticos en auge en México han tenido éxito en difundir su mensaje electoral a muchos lugares y, 2) el voto regional sigue teniendo peso explicativo, quedan muchas preguntas por contestar:

– ¿Cuáles son las razones por las que existen fuertes variaciones espaciales? ¿Se debe esto a una explicación histórico contextual o más bien a un efecto socioeconómico composicional? Es decir, esta concentración histórica del voto en ciertos lugares es consecuencia de una lealtad local o más bien consecuencia de la concentración de cierta población con una similar composición socioeconómica en la región pero diferente frente a otras regiones?

– ¿Cómo se da el reemplazo geográfico de los partidos? ¿Cómo se difunden? Ciertamente, donde ha perdido el PRI, el PAN y el PRD lo

han sustituido. Pero, ¿cómo ha sucedido? ¿Tienen el PAN y el PRD geografías de exclusión? ¿Es la difusión espacialmente aleatoria? Es decir, su auge es un patrón o tendencia nacional en donde la distancia a lugares de apoyo en elecciones previas y el contexto son irrelevantes? ¿O más bien sí operan bajo una lógica de difusión contagiosa?

Varias implicaciones para la investigación urbana y regional, y en general sociológica se derivan de los puntos anteriormente presentados. Aunque existen diversas teorías sociológicas, el punto de conexión que tiene cada una de ellas con el espacio y el tiempo es la evidencia que tenemos sobre patrones específicos de comportamiento en ciertos lugares y en ciertos momentos. Todo comportamiento se origina en un lugar y tiempo específicos y de ahí se propaga y (o) desaparece. Una implicación particular para el caso del comportamiento político es que la persistencia de patrones de comportamiento en lugares y regiones específicas brinda apoyo a la idea sobre la importancia del contexto espacial como correlativo de preferencias políticas (Agnew, 1987).

Otra implicación muy relacionada es que los lugares pueden poseer diversas características socioeconómicas y demográficas agregadas de la población que pueden funcionar como facilitadores o barreras a la introducción y difusión de nuevas ideas y (o) comportamientos políticos. Esto es, la detección de variables independientes localizadas en un lugar puede contribuir a la comprensión del auge o decaimiento de los partidos políticos.

En conclusión, dentro del análisis del comportamiento político, en el caso de las preferencias electorales, se pueden realizar pruebas de hipótesis sobre la existencia de un efecto contextual y de un proceso de difusión espacial. Sería interesante analizar si el auge de los partidos políticos en ciudades mexicanas en los últimos años ha seguido el mismo patrón de difusión contagiosa que en otros países. Esta hipótesis se puede probar considerando los niveles de apoyo en elecciones previas y en áreas cercanas a los lugares de origen de los partidos políticos. Vista la consistencia de las variables regional y urbana para el caso de México, *a priori* sería difícil apoyar la teoría de la nacionalización; sin embargo esto es preciso comprobarlo con evidencia empírica.

Bibliografía

- Agnew, J. (1987), *Place and Politics: The Geographical Mediation of State and Society*, Londres, Allen and Unwin.
- Alihan, M. (1938), *Social Ecology: A Critical Analysis*, Nueva York, Columbia University Press.
- Alvarado, A. (1992), "Una década de política y elecciones en Tamaulipas", en T. Guillén (coord.), *Frontera norte: una década de política electoral*, México, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte, pp. 19-68.
- Álvarez, L. (1998), "Participación ciudadana y nueva cultura política en la Ciudad de México", *Acta Sociológica*, vol. 22, pp. 9-24.
- Ames, B. (1970), "Bases of Support for Mexico's Dominant Party", *American Political Science Review*, vol. 64, núm. 1, pp. 153-167.
- Anselin, L. (1988), *Spatial Econometrics: Methods and Models*, Dordrecht, Kluwer Academic.
- Aziz, A. (1992), "Chihuahua: de la euforia a la indiferencia", en T. Guillén (coord.), *Frontera norte: una década de política electoral*, México, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte, pp. 69-96.
- Bizberg, I. (1992), "Las elecciones en Coahuila en la década de los ochenta", en T. Guillén (coord.), *Frontera norte: una década de política electoral*, México, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte, pp. 97-138.
- Books, J. (1977), "Social Context and Voting Behavior in West Germany: A Note on Contextual Analysis", *Social Science Quarterly*, vol. 58, pp. 481-488.
- y Ch. Prysby (1991), *Political Behavior and the Local Context*, Nueva York, Praeger.
- Buendía, J. (2000), "El votante mexicano en los noventa: ¿un nuevo tipo de votante?", *Política y Gobierno*, vol. 7, núm. 2, pp. 317-352.
- Burbank, M. (1995), "How Do Contextual Effects Work? Developing a Theoretical Model", en M. Eagles (ed.), *Spatial and Contextual Models in Political Research*, Londres, Taylor and Francis, pp. 165-178.
- Burnett A. y P. Taylor (1981), *Political Studies from Spatial Perspectives*, Nueva York, John Wiley and Sons.
- Butler, E., J. Pick y G. Jones (1991), "Political Change in the Mexico Borderlands", en E. Butler y J. Bustamante (eds.), *Sucesión Presidencial: The 1988 Mexican Presidential Election*, Boulder, Westview, pp. 13-44.
- Cliff, A. et al. (1981), *Spatial Diffusion: An Historical Geography of Epidemics in an Island Community*, Boston, Cambridge University Press.
- Cox, K. (1987), "Comments on Dealignment, Volatility and Electoral Geography", *Studies in Comparative International Development*, vol. 22, pp. 26-34.
- (1969), "The Voting Decision in a Spatial Context", *Progress in Geography*, vol. 1, pp. 81-117.
- Davis, Ch. y K. Coleman (1982), "Electoral Change in the One-Party Dominant Mexican Polity, 1958-1973: Evidence from Mexico City", *Journal of Developing Areas*, vol. 16, núm. 4, pp. 523-541.

- Domínguez, J. y J. McCann (1995), "Shaping Mexico' Electoral Arena: The Construction of Partisan Cleavages in the 1988 and 1991 Elections", *American Political Science Review*, vol. 89, núm. 1, pp. 34-48.
- Durkheim, E. (1965), *The Elementary Forms of Religious Life*, Nueva York, The Free Press (publicado originalmente en 1915).
- Flint, C. (1998), "Forming Electorates, Forging Spaces: The Nazi Party Vote and the Social Construction of Space", *American Behavioral Scientist*, vol. 41, núm. 9, pp. 1282-1303.
- (1995), *The Political Geography of Nazism: The Spatial Diffusion of the Nazi Party Vote in Weimar Germany*, tesis de doctorado, University of Colorado at Boulder.
- Form, W. (1954), "The Place of Social Structure in the Determination of Land Use: Some Implications for a Theory of Urban Ecology", *Social Forces*, vol. 32, pp. 317-323.
- Forrest J., R. Johnston y C. Pattie (1999), "The Effectiveness of Constituency Campaign Spending in Australian State Elections During Times of Electoral Volatility: The New South Wales Case, 1988-95", *Environment and Planning*, vol. 31, núm. 6, pp. 1119-1128.
- Fotheringham, S. (1998), *Stressing the Local. Workshop on Status and Trends in Spatial Analysis*, The National Center for Geographic Information and Analysis (NCGIA), Santa Barbara, CA, disponible en: http://www.ncgia.ucsb.edu/conf/sa_workshop/papers/fotheringham.html (septiembre, 2001).
- Giddens, A. (1990), *The Consequences of Modernity*, Palo Alto, Stanford University Press.
- y C. Pierson (1998), *Conversations with Anthony Giddens: Making Sense of Modernity*, Cambridge, Polity Press.
- Gómez, S. (2000), *La geografía del poder y las elecciones en México*, Mexico, Instituto Federal Electoral/Plaza y Valdés.
- Graizbord, B. (1993), "Geografías electorales: cambio y participación en el voto de diputados federales de 1988 y 1991", *Estudios Sociológicos*, vol. 11, núm. 32, pp. 497-514.
- Guillén, T. (1992), "Baja California, una década de cambio político", en T. Guillén (coord.), *Frontera norte: una década de política electoral*, México, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte, pp. 139-186.
- Hagerstrand, T. (1966), "Aspects of the Spatial Structure of Social Communications and the Diffusion of Innovations", *Papers and Proceedings of the Regional Science Association*, vol. 16, pp. 27-42.
- (1953), *Innovation Diffusion as a Spatial Process*, Chicago, University Press.
- Haggett, P. (1983), *Geography a Modern Synthesis*, Nueva York, Harper Collins Publishers.
- Hornsby, K. (2003), "Spatial Diffusion: Conceptualizations and Formalizations, National Center for Geographic Information and Analysis, Department of

- Spatial Information Science and Engineering”, University of Maine, disponible en: http://www.spatial.maine.edu/~max/KEH_i_21.html
- Huckfeldt, R. y J. Sprague (1992), “Political Parties and Electoral Mobilization: Political Structure, Social Structure, and the Party Canvass”, *American Political Science Review*, vol. 86, núm. 1, pp. 70-86.
- Instituto Federal Electoral (2000), *Proceso electoral federal 2000: Información general*, Mexico, Instituto Federal Electoral.
- Kleniewski, N. (2002), *Cities, Change and Conflict: A Political Economy of Urban Life*, Belmont, CA, Wadsworth (segunda edición).
- Klesner, J. (1998), “Electoral Alignment and the New Party System in Mexico”, trabajo presentado en el 1998 Congress of the Latin American Studies Association, Chicago.
- (1993), “Modernization, Economic Crisis, and Electoral Alignment in Mexico”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 9, núm. 2, pp. 187-224.
- (1987), “Changing Patterns of Electoral Participation and Official Party Support in Mexico”, en Judith Gentleman (ed.), *Politics in Transition*, Boulder, Westview, pp. 95-152.
- Johnston, R. (1991), *A Question of Place. Exploring the Practice of Human Geography*, Oxford, Blackwell.
- , F. Shelley y P. Taylor (1990), *Developments in Electoral Geography*, Londres, Routledge.
- Klingman, D. (1980), “Temporal and Spatial Diffusion in the Comparative Analysis of Social Change”, *American Political Science Review*, vol. 74, núm. 1, pp. 123-137.
- Land, K., G. Deane y J. Blau (1991), “Religious Pluralism and Church Membership: A Spatial Diffusion Model”, *American Sociological Review*, vol. 56, pp. 237-249.
- Lefebvre, H. (1991), *The Production of Space*, Cambridge, Blackwell (publicado originalmente en 1974).
- Lobao, L. y R. Sáenz (2002), “Spatial Inequality and Diversity as an Emerging Research Area”, *Rural Sociology*, vol. 67, núm. 4, pp. 497-511.
- Lowe, J. y S. Moryadas (1975), *The Geography of Movement*, Boston, Houghton Mifflin Company.
- Lutz, J. (1995), “Diffusion of Voting Support: The Radical Party in Italy”, en M. Eagles (ed.), *Spatial and Contextual Models in Political Research*, Londres, Taylor and Francis.
- (1990), “Diffusion of Nationalist Voting in Scotland and Wales: Emulation, Contagion and Retrenchment”, *Political Geography Quarterly*, vol. 9, pp. 249-266.
- McAllister, I. (1987), “Social Context, Turnout, and the Vote: Australian and British Comparisons”, *Political Geography Quarterly*, vol. 6, pp. 17-30.
- y D. Studlar (1992), “Region and Voting in Britain, 1979-87: Territorial Polarization or Artifact?”, *American Journal of Political Science*, vol. 36, núm. 1, pp. 168-199.

- Meyrowitz, J. (1985), *No Sense of Place: The Impact of Electronic Media on Social Behavior*, Nueva York, Oxford University Press.
- y J. Maguire (1993), "Media, Place and Multiculturalism", *Society*, vol. 30, núm. 5, pp. 41-49.
- Mirón, R. (1998), "Comportamiento electoral en el Distrito Federal", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 172, pp. 113-122.
- Molinar, J. y L. Valdés (1987), "Las elecciones de 1985 en el Distrito Federal", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 49, núm. 2, pp. 183-215.
- y J. Weldon (1990), "Elecciones de 1988 en México: Crisis del autoritarismo", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 52, núm. 4, pp. 229-362.
- Moran, P. (1950), "Notes on Continuous Stochastic Phenomena", *Biometrika*, vol. 37, pp. 17-23.
- Myers, D. (1997), *Diffusion Models for Riots and Other Collective Violence*, tesis de doctorado, University of Wisconsin.
- Nagle, J. (1970), *The National Democratic Party: Right Radicalism in the Federal Republic of Germany*, Berkeley, University of California Press.
- Nuncio, A. y L. Garza (1992), "Nuevo León: reforma política y poder desigual, 1980-1990", en T. Guillén (coord.), *Frontera norte: una década de política electoral*, México, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte, pp. 187-236.
- O'Loughlin, J. (2002), "Spatial Analysis in Political Geography", en J. Agnew, K. Mitchell y G. Tuathail (eds.), *A Companion to Political Geography*, Forthcoming, Oxford, Basil Blackwell, (obtenido en: www.colorado.edu/IBS/PEC/john/pub/SpatialAnalysisPGv2.pdf).
- y L. Anselin (1992), "Geography of International Conflict and Cooperation: Theory and Methods", en M. Ward (ed.), *The New Geopolitics*, Philadelphia, Gordon and Breach, pp. 11-38.
- y L. Anselin (1991), "Bringing Geography Back to the Study of International Relations: Dependence and Regional Context in Africa, 1966-1978", *International Interactions*, vol. 17, pp. 29-61.
- *et al.* (1998), "Diffusion of Democracy: 1946-1994", *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 88, núm. 4, pp. 545-574.
- Pacheco, G. (1997), "Un caleidoscopio electoral: ciudades y elecciones en México, 1988-1994", *Estudios Sociológicos*, vol. 15, núm. 44, pp. 319-350.
- Pahl, R. (1989), "Is the Emperor Naked? Some Questions on the Adequacy of Sociological Theory in Urban and Regional Research", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 13, núm. 4, pp. 709-220.
- Parkes D. y N. Thrift (1980); *Times, Spaces and Places: A Chronogeographic Perspective*, Londres, John Wiley y Sons.
- Pattie C. y R. Johnston (2000), "Talk as a Political Context: Conversation and Electoral Change in British Elections, 1992-1997", *Electoral Studies*, vol. 20, núm. 1, pp. 17-40.
- , D. Dorling y R. Johnston (1997), "The Electoral Geography of Recession: Local Economic Conditions, Public Perceptions and the Economic

- Vote in the 1992 British General Election”, *Transactions*, vol. 22, núm. 2, pp. 147-161.
- , E. Fieldhouse y R. Johnston (1995), “Individual Vote Choices and Constituency Economic Conditions at the 1992 British General Election”, *Electoral Studies*, vol. 14, núm. 4, pp. 399-415.
- Peschard, J. (1988a), “Las elecciones en el Distrito Federal (1946-1970)”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm. 3, pp. 229-246.
- (1988b), “Las elecciones en el Distrito Federal entre 1964 y 1985.”, *Estudios Sociológicos*, vol. 6, núm. 16, pp. 67-101.
- (1997), “Cultura política y comportamiento electoral en el Distrito Federal”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 59, núm. 1, pp. 37-52.
- Ramos, R. (1985), “Oposición y abstencionismo en las elecciones presidenciales, 1964-1982”, en P. González (ed.), *Las elecciones en México: evolución y perspectivas*, México, Siglo XXI, pp. 163-194.
- Reyna, J. (1971), *An Empirical Analysis of Political Mobilization: The Case of Mexico*, tesis de doctorado, Cornell University.
- Reynoso, V. (1992), “Sonora en la transición política mexicana: balance electoral de una década (1979-1988)”, en T. Guillén (coord.), *Frontera norte; una década de política electoral*, México, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte, pp. 237-279.
- Rionda, L. (2000), “Política, alternancia y gestión administrativa en Guanajuato (1920-1998)”, en V. Espinoza (ed.), *Alternancia y transición política en México*, México, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 27-54.
- Rivera, J. (1993), “Michoacán: geografía electoral y distribución del poder municipal, 1988-1991”, en Gustavo Ernesto Emmerich (coord.), *Votos y mapas. Estudios de geografía electoral en México*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 173-196.
- Rodríguez, V. (1998), “Opening the Electoral Space in Mexico: The Rise of the Opposition at the State and Local Levels”, en H. Dietz y G. Shidlo (eds.), *Urban Elections in Democratic Latin America*, Wilmington, SR Books, pp. 163-198.
- V. y P. Ward (1995), “Introduction: Governments of the Opposition in Mexico”, en V. Rodríguez y P. Ward (eds.), *Opposition Government in Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 3-16.
- Sauerzopf, R. y T. Swanstrom (1999), “The Urban Electorate in Presidential Elections 1920-1996”, *Urban Affairs Review*, vol. 35, núm. 1, pp. 72-91.
- Savage, M. (1987), “Understanding Political Alignments in Contemporary Britain”, *Political Geography Quarterly*, vol. 6, pp. 53-76.
- Schedler, A. (2000), “The Democratic Revelation”, *Journal of Democracy*, vol. 11, núm. 4, pp. 5-20.
- Shin, M. y J. Agnew (2002), “The Geography of Party Replacement in Italy, 1987-1996”, *Political Geography*, vol. 21, núm. 2, pp. 221-242.
- Soja, E. (1996), *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real and Imagined Places*, Oxford, Basil Blackwell.

- (1980), "The Socio-Spatial Dialectic", *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 70, núm. 2, pp. 207-225.
- Stephens, J. (1981), "The Changing Swedish Electorate", *Comparative Political Studies*, vol. 14, núm. 2, pp. 163-204.
- Stokes, D. (1967), "Parties and the Nationalization of Electoral Forces", en W. Chambers y W. Burnham (eds.), *The American Party Systems: Stages of Political Development*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 182-202.
- Story, D. (1986), *The Mexican Ruling Party: Stability and Authority*, Nueva York, Praeger Publishers.
- Tarrés, M. (1994), "Demandas democráticas y participación electoral en la Ciudad de Mexico: dos estudios de caso", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 56, núm. 4, pp. 185-207.
- Tejera, H. (2000), "Estrategias de campaña, demandas ciudadanas y geografía electoral", en S. Gómez (ed.), *La geografía del poder y las elecciones en México*, Mexico, Instituto Federal Electoral/Plaza y Valdés, pp. 197-222.
- Tobler, W. (1970), "A Computer Movie Simulation Urban Growth in the Detroit Region", *Economic Geography*, vol. 46, núm. 2, pp. 234-240.
- Tolnay, S. (1995), "The Spatial Diffusion of Fertility: A Cross-Sectional Analysis of Counties in the American South, 1940", *American Sociological Review*, vol. 60, núm. 2, pp. 299-308.
- Urry, J. (1997), "Sociology of Time and Space", en Bryan Turner (ed.), *The Blackwell Companion to Social Theory*, Oxford, Blackwell Publishers, pp. 369-395.
- Valdés, M. E. (2000), "Etnicidad y democracia. Tendencias electorales en los municipios indígenas de Chiapas", *Trayectorias*, núm. 4-5 (Universidad Autónoma de Nuevo León).
- Walton, J. (1993), "Urban Sociology: The Contributions and Limits of Political Economy", *Annual Review of Sociology*, vol. 19 (Nueva York).
- y J. Sween (1971), "Urbanization, Industrialization, and Voting in Mexico: A Longitudinal Analysis of Official and Opposition Party Support", *Social Science Quarterly*, vol. 52, núm. 3, pp. 721-745.